



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9606

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIÉRCOLES 8 DE NOVIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LEGIA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGANADOS, HE AQUI LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGITIMA LEGIA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Ramera, Casteliní 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palas; D. Ginés García Canabate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Reca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serrata 5; don Víctor Martínez, plaza del Sevillano; Don Diego García, Serrata; Don Manuel Foyedo, Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Serrata; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Moreno, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Hercas de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Ingertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Capillos, cadenas, les-piches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasiego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arades de vertedera fija y movable.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Caretillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia. PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

IR DERECHO.

CUENTO PARA LOS NIÑOS. (Colaboración inédita)

Juan y Luis salieron juntos de la casa á cosa de las diez á almorzar en la de la madrina de Juan, señora que entre otras virtudes y excelencias, tenía la de saber elegir riquísimos bizcochos, succulentos pifonates y variados caramelos y presentarlos en su mesa alternando con licores y dulces como noyó y cacao y frutas finas como granadas, coco y plátanos: por todo lo cual un convite en casa de la madrina era fiesta mayor para los chicos, y Juan y Luis acudían á él brincando de gozo.

Aquel día, por extraordinario, se les había permitido que hiciesen el camino solos, por su cuenta y riesgo: los once años de Juan y los nueve y medio de Luisín justificaban privilegio tan honroso.

—«Solo os encargo una cosa» dijo la mamá al verles salir, y pasán-

doles por última vez el peine por los cabellos relucientes de panada.

—«Que vayais derechos. El que no va derecho, llega tarde ó no llega nunca. El camino bien lo sabeis, con que... como una flecha.»

Esta clase de encaños los tienen los chicos muy presentes por espacio de diez minutos: y si los chicos son formales, hasta pueden tenerlos presentes un cuarto de hora.

De casa de la mamá de Juan y Luisín á la de la madrina había cosa de media legua de sendero, por entre bosques y tierras labradías y cruzando un puentecito de tablas echado sobre un río profundo cerca de un molino harinero. Los chicos emprendieron la jornada con buen ánimo, y ya estaban bastante desviados de la casa de su madre cuando á Juan (el mayor y el más diabólico) se le ocurrió que coger una flor de madre selva y ponérsela en el sombrero, no sería ningún pecado.

—No te pares—observó Luisín.

—«Me parece á mí que por coger una madre selva...»—contestó Juan; y gracias á la fuerza del ejemplo, los dos hermanos asaltaron las flores.

Acostumbran las madre selvas silvestres enredarse en las zarzas, y entre pifa y pifa de flor, suelen asomar su tentadora cabecita grupos de negras y azucaradas moras.

El primero que picó una mora con disimulo y timidamente, fue Luisín; pero su hermano lo pescó y á puñados empezó á comerlas. Luisín entonces no se quedó atrás.

Cuando ya no existía en el zarzal ni una mora madura, miró Luisín á Juan y soltó la carcajada.

—«De que te ries atún?»

—«De qué estás precioso: la boca negra, el chaleco como lavado en vino, la camisa echa una gloria»

—No, pues tú, da gusto verte el traje marinero. Era celeste y blanco. Ahora es de pintas moradas. Nos lucimos. Así no podemos ir.

«Que hacemos hombre? «Que hemos de hacer mosca? Lavar el traje

en el río. Anda, sigue, y verás como allí lo arreglamos todo.»

Nuestros dos héroes siguieron la ruta, pero ya perdido el respeto á la ropa limpia y planchada como pensaban lavarse, se entregaron libremente á cuantos caprichos se les ocurrían.

«¿Vean un roble? A coger bellotas. Una mariposa? A perseguirla. Una piedra redonda? A tirarla lo más lejos posible. Una lagartija? A correrla. Un hongo? A cogerlo.»

En fin, que cuando llegaron al río, donde el tacarató del molino se oía claramente, iban Luisín y Juan que más parecían dos bandidos que dos señoritos vestidos, cepillados y peinados por su madre.

Descendiendo un ribacito bajaron al río, evitando que desde el molino pudiesen verles; y allí, deanudándose y quedándose en paños menores, se dispusieron á lavar la ropa. Hacía un sol de justicia, que reverberaba en el agua del río, la cual estaba templadita y deliciosa. Lo notaron Luisín y Juan al meter en ella las manos miráronse y una misma idea les hizo sonreír.

«Nos bañamos.» «Y nadaremos.» Dicho y hecho. Se quitaron la poca ropa que aún vestían. Subiéronse á un peñasco juntaron los pies y las manos extendidas... y chapum! al fondo del río.

«Que gusto! Cabeza arriba haciendo el muerto, cabeza abajo haciendo la frucha; entre dos aguas, sin respirar emparejados y cogidos por el cuello, de todos modos y en todas las posturas se solazaron nuestros intrépidos nadadores. Bajo sus cuerpos, la corriente con suave balanceo, columpiaba las hierbas sutiles como madejas de pelo verde, y los peces huían despavoridos al querer los chicos cogerlos con la mano.

Mientras ellos se divertían así, un pilluelo vagabundo que había venido al molino á pedir de limosna un puñado de harina de maíz, se acercaba bonitamente á la orilla

y veía la ropa de los bañistas esparcida y abandonada.

Y qué ropa!

El pilluelo era de la misma edad que Juan, y de la estatura de Luisín; y las botas nuevas, las hermosas camisas limpias, los calzones de buen paño, los sombreros ricos, tentaban al pordiosero, que solo llevaba puesto un pantalón sin perneras, media camisa harapienta con un tirante de orillo, un serón de higos en la cabeza y en los pies zapatos de cuero de persona que no se rompen nunca.

Dudó un poco temiendo que le cogiesen *infraganti*; pero al fin pudo más la codicia que la honradez ó el miedo, y el vagabundo, metiendo en el saco qué llevaba al hombro la ropa de los nadadores, y apretando los talones se puso en salvo. Ni visto ni oído: aquello fue como por arte de magia.

Cuando Luisín y Juan salieron del río, muy alegres y sacudiéndose como perrillos de lanas, suponed la cara que pondrían, al no encontrar su ropa.

Desde luego, el almuerzo en casa de la madrina ya había fracasado, porque el ladrón solo les dejó (y eso por olvido) la bota izquierda de Juan, y reconocieron lo imposible de que dos chicos se presenten á almorzar en ninguna parte, sin más vestido que una bota izquierda. Pero, además de la chafadura del almuerzo ¿como volvían á casa? ¿Que diría al verles su madre?

Sus gritos y llantos atrajeron al molinero, el cual, movido á compasión les ofreció ropa... de sus hijas, pues hijo no tenía ninguno.

Y cádate que Juan y Luisín por no ir derechos llegaron á su casa vestidos de mujer, llorando á moco y baba y pasaron ocho días encerrados en el cuarto de los baules, á pan y agua y estudiando los verbos latinos.

Emilia Pardo Bazán
Noviembre 93.
(Prohibida la reproducción).